

Desaprender la guerra	121
Crisis y cambio de la Europa del Este. La transición húngara a la democracia	124
Los nacionalismos	126
Civil Resistance	129
Niños de repuesto	132
La utopía desarmada	134
La muerte anunciada	138

ANNA BASTIDA

Desaprender la guerra. Una visión crítica de la educación para la paz.

Icaria/Seminario de Investigación para la Paz del Centro Pignatelli de Zaragoza, Barcelona, 1994. 192 páginas.

Durante los últimos años, las publicaciones sobre educación para la paz en España han basculado entre las reflexiones teóricas y prácticas de carácter general y los materiales de uso inmediato dentro o fuera del aula. En ambos casos las aportaciones han sido valiosas y, a pesar de la pluralidad de enfoque y metodologías, enormemente coherentes entre sí. Esto ha permitido que la incorporación de la educación para la paz como tema transversal de la reforma educativa encuentre cauces y argumentos ya consolidados para enfrentarse a las contradicciones y dificultades que semejante incorporación trae consigo. De un tiempo a esta parte, no obstante, la producción de recursos educativos sobre la paz afronta los riesgos de repetir esquemas que pertenecen a otros tiempos históricos y de diluirse en el maremágnum de propuestas que, desde la educación ambiental, la educación para el desarrollo, la educación no sexista o la pedagogía intercultural, vienen a considerar que “todo es educación para la paz” y que, por tanto, su capacidad globalizadora y omnipresente hace irrelevante la pregunta por la especificidad de sus contenidos y enfoques. Es evidente que las diversas miradas sobre la realidad inmediata y planetaria trazadas desde el ecologismo, la economía

crítica, el interculturalismo o el feminismo tienen un insoslayable carácter interdisciplinario y sus interdependencias contribuyen de manera decisiva a vertebrar un discurso pedagógico integrador en el que conocimientos, procedimientos y valores beben de fuentes comunes y transitan por caminos que nunca se pierden de vista unos a otros, confundiendo a menudo en recorridos conjuntos. En este sentido, la educación para la paz da sentido y enriquece este pluralismo de visiones con su manera de abordar los conflictos desde opciones como el diálogo interactivo y solidario, la justicia emancipatoria o la no violencia activa. Las nuevas situaciones históricas generadas tras el fin de la Guerra Fría obligan, sin embargo, a confeccionar una agenda de educación para la paz que busque nuevas respuestas y abra interrogantes diferentes, sin perder sus propios ejes. Una significativa aportación a este debate nos llega ahora de la mano de Anna Bastida con la publicación de su trabajo *Desaprender la guerra. Una visión crítica de la educación para la paz*, presentado muy oportunamente dentro de las Primeras Jornadas Aragonesas de Educación para la Paz, que tuvieron lugar en Zaragoza del 24 al 26 de marzo de este año, organizadas por el Seminario de Investigación para la Paz del Centro Pignatelli, coeditor del libro.

Su autora, profesora de la Escola de Mestres de la Universitat de Barcelona en la actualidad, ha combinado su experiencia de trabajo en enseñanzas medias, sus preocupaciones educativas, plasmadas en diversas publicaciones didácticas, y sus opciones personales –miembro

Las nuevas situaciones históricas generadas tras el fin de la Guerra Fría obligan, sin embargo, a confeccionar una agenda de educación para la paz que busque nuevas respuestas y abra interrogantes diferentes, sin perder sus propios ejes.

del Seminario de Educación para la Paz de la Asociación Pro Derechos Humanos, uno de los grupos con mayor bagaje de experiencia intelectual y militante en el terreno de la educación para la paz—, a la hora de realizar su tesis doctoral *La guerra i el pensament estratègic: el punt de vista didàctic*, de la que el texto que analizamos forma parte.

Tras una introducción, en la que Anna Bastida explica las motivaciones básicas de sus obras —el análisis de la guerra como fenómeno social resulta un punto de partida básico en la tarea de educar para la paz, pero su tratamiento didáctico es escaso y deficiente—, el trabajo se divide en cuatro capítulos o partados. En el primero, la autora recorre los materiales didácticos más habituales en la enseñanza de las Ciencias Sociales, para describir lo que transmiten y socializan acerca de la guerra, descubriendo sus enormes carencias —la guerra es un acontecimiento puntual, sin articulación con una historia militar inexistente, sobrecargada desde el punto de vista visual, pero no explicada suficientemente—, planteando un conjunto de hipótesis explicativas de este hecho: por un lado, las opciones implícitas de profesores y profesoras, debidas al rechazo de visiones tradicionales impuestas en épocas pasadas o al peligro de fomentar el belicismo entre los/as alumnos/as; por otro, la escasez de materiales historiográficos específicos sobre la guerra y lo militar en la historia.

Anna Bastida dedica el segundo capítulo a explicar la necesidad de una enseñanza sobre la guerra desde las Ciencias Sociales, por su carácter globalizador y por los valores y actitudes que puede generar su enfoque acerca de las

realidades bélicas en el espacio y en el tiempo: recorre las diferentes imágenes y formas de hacer la guerra a lo largo de la historia, explorando sus posibilidades didácticas. En el capítulo tercero se presentan un conjunto de objetivos, contenidos y materiales (cronologías, glosarios, bibliografías comentadas), para que profesores y profesoras organicen sus propuestas didácticas sobre cómo presentar la guerra en el aula, ofreciendo además un modelo o ejemplo de “unidad didáctica”, centrada en la guerra en la polis griega de la época clásica, como concreción de sus hipótesis de trabajo. Esta concreción se hace aún más patente en el cuarto y último capítulo de la obra, que utiliza la Primera Guerra Mundial (1914-1918), para trazar una guía de trabajo dirigida a la enseñanza secundaria, aportando una exhaustiva serie de recursos bibliográficos, cronológicos y terminológicos. El libro concluye con una recapitulación de las tesis y argumentaciones desarrolladas en las páginas anteriores, y se cierra con una lista de referencias bibliográficas amplia y variada.

Hay muchas razones que justifican el interés que puede y debe suscitar *Desaprender la guerra...* El texto de Anna Bastida recupera temas y propuestas que entroncan directamente con los componentes específicos de la educación para la paz. La fusión entre investigación y educación para la paz, oportunamente destacada por Rafael Grasa en el prólogo a la obra reseñada, se realiza a través de una lectura didáctica llena de posibilidades operativas para ser llevada a la clase. Otro valor del libro es la reflexión que, desde una materia curricular concreta, la historia, se

revela como un excelente método para establecer lecturas transversales de asignaturas aparentemente sencillas de incorporar a la educación para la paz, pero que necesitan una revisión, más allá de los maquillajes formales, por la gran cantidad de lugares comunes admitidos sin discusión desde el punto de vista didáctico. La elección de la Primera Guerra Mundial como propuesta central para el trabajo en el aula es un considerable acierto, ya que este conflicto bélico “total” en el que los medios de producción de la era industrial se pusieron al servicio de medios de destrucción masivos muy difíciles de controlar, abre la profunda herida de la crisis de la civilización occidental que inaugura el siglo XX. La mayoría de los enfrentamientos armados posteriores –incluso en nuestros días, superado de momento el modelo de guerra nuclear, con el estallido de guerras étnicas y territoriales en la extinga URSS o en el espacio balcánico–, arrancan de las tragedias individuales y colectivas que recorrieron las trincheras europeas entre 1914 y 1918. No en vano el desfondamiento existencial del joven protagonista de *Sin novedad en el frente*, la novela-testimonio de Erich María Remarque sobre la Gran Guerra, descubierto y debatido por sus alumnos y alumnas de enseñanzas medias, fue uno de los revulsivos que planteó a Anna Bastida la necesidad de adentrarse en un tema tan arriesgado como la elaboración de esta introducción a una “historia de la guerra dirigida a maestros y profesores”. La autora, pues, cumple con creces los objetivos que se propone, y el libro se lee con interés creciente desde las

primeras páginas. Precisamente en la brevedad del ensayo reside uno de sus escasos inconvenientes. Muchos materiales y recursos presentados necesitarían una explicación más prolija y, sobre todo, más comprometida, entendiendo por tal un mayor acercamiento a las implicaciones que determinados modelos didácticos sobre la guerra tienen de cara a la educación para la paz. El libro quedaría más completo si se hiciera hincapié en los presupuestos que han fundamentado la opción de analizar la guerra no sólo de manera más precisa o más contextualizada –lo que podría satisfacer también a cualquier didáctica militarista mínimamente inteligente–, sino también más críticamente pacifista. Anna Bastida deja muy claro que, en la medida en que profundicemos en el estudio de la guerra, estaremos en condiciones de generar valores y actitudes alternativas a la misma. Las hipótesis que maneja al respecto están esbozadas con rigor, aunque limitadas a un espacio excesivamente breve y condensado, sobre todo si lo comparamos con el destinado a recoger la bibliografía consultada y los materiales de trabajo. En definitiva, el cauce abierto por el libro de Anna Bastida es muy prometedor. En primer lugar, por la renovación didáctica dentro de la educación para la paz que introduce y que, a buen seguro, promoverá nuevos terrenos específicos por estudiar. En segundo lugar, y de manera más concreta, porque no se limita a condenar la guerra desde presupuestos éticos o morales más o menos vagos –error frecuente en muchas propuestas de educación para la paz–, sino que emprende la búsqueda de sus causas profundas, en la realidad histórica

En la medida en que profundicemos en el estudio de la guerra, estaremos en condiciones de generar valores y actitudes alternativas a la misma.

en que aparecen, lo que pone en evidencia de una manera mucho más contundente sus contradicciones e irracionalidades, preparando el camino para la construcción de actitudes pacifistas fundamentadas y coherentes.

*Pedro Sáez
CIP*

**CARMEN GONZALEZ
ENRIQUEZ**

Crisis y cambio en la Europa del Este. La transición húngara a la democracia.

Centro de Investigaciones Sociológicas. Siglo XXI, Madrid, 1993, 407 páginas.

El libro de Carmen González representa una novedad dentro del campo editorial español, poco acostumbrado a estudios rigurosos, al abarcar todos los aspectos de una sociedad, la húngara, en plena transición a la democracia y a la economía de mercado.

Hungría acaba de celebrar la segunda convocatoria de elecciones democráticas desde la caída del comunismo. Desde los primeros comicios hasta hoy, las transformaciones en todos los terrenos se han sucedido de modo vertiginoso. El resultado de estos segundos comicios, en los que han vencido los socialistas, reflejan dónde han quedado las expectativas que la democracia y el capitalismo habían despertado en el pueblo. Como escribió Jan Urban, "la caída del comunismo en los países de Europa del Este no ha supuesto la sustitución inmediata y automática por un

sistema democrático y lo que éste conlleva".

Por todo ello este libro es imprescindible para comprender los problemas que la aquejan, tanto los derivados de la estructura de su antiguo régimen, como los creados por las transformaciones a la democracia y al capitalismo. En él se abarcan tres temas globales: la transición política y económica húngara, una comparación entre ésta y la transición española y una descripción del proceso de cambio político en el conjunto de Europa Oriental. González Enríquez enfoca el problema de la transición de Hungría desde la perspectiva de un estudio del tipo de sistema comunista imperante en ese país, un comunismo calificado como "peculiar" desde las reformas emprendidas por el dirigente comunista Janos Kadar tras las insurrecciones de 1956.

Para ello la autora se ocupa previamente de dos temas fundamentales. Por un lado, analiza el sistema de construcción del comunismo en Hungría así como la historia de los factores que favorecieron la formación del kadarismo como la cara humana del comunismo en Europa central. Por otro, establece los elementos de la crisis económica y social que "aparecieron en los primeros años de la década de los 80 y generaron la aparición de una crisis política abierta en la segunda mitad de la década". Se estudia asimismo la legitimidad popular del régimen, o más bien la ausencia de ésta, y las razones que, como los créditos internacionales financiados desde occidente, determinaron que el antiguo régimen se mantuviera durante tantos años sin una fuerte oposición y retrasando la profundización de la crisis económica. La transición se

aborda desde el estudio de los actores (grupos y fuerzas sociales e institucionales) protagonistas del juego político. Destaca como gran ausente la movilización popular hasta bien entrado el proceso de cambio, que es cuando comienzan a producirse las primeras huelgas. Durante este capítulo se enumeran los partidos políticos, aún en estado larvario, las influencias exteriores de diferentes países, y las instituciones internacionales y los medios de comunicación que influyeron y trabajaron entorno a un mismo tema: la reestructuración social, política y económica. En definitiva, la caída de las élites del antiguo partido y su sustitución por los representantes elegidos por el pueblo. A través de estos elementos se pueden llegar a determinar los factores que influyeron en la crisis del Partido Socialista Obrero Húngaro (PSOH), que culminaría en las primeras elecciones democráticas de 1990. Este fue un momento muy importante en el que se definieron las tendencias y se decidieron las formaciones políticas del país con “un apoyo general a la democracia parlamentaria, compatible con un rechazo a los políticos y a la política” no muy lejano al que afecta a otros países occidentales de democracias ya consolidadas. A partir de estas primeras elecciones democráticas se produjeron una serie de cambios estructurales tanto de forma como de contenido que afectaron a toda la sociedad húngara y que se concentraron en la aparición de nuevos partidos políticos, la sustitución de las élites políticas técnicas y estatales, la separación entre las élites políticas y económicas y, en suma, el fin del kadarismo. La Constitución,

pactada en 1989 sobre la Carta Magna de 1972, fue también un elemento fundamental en la construcción del nuevo sistema y la creación de un Estado de derecho.

La formación del nuevo sistema húngaro incidió en su percepción de la política exterior y modificó al mismo tiempo la percepción del resto de los países en sus relaciones hacia el país magiar de forma parecida a lo sucedido con el resto de los países de Europa del Este insertos en procesos de transformación democrática.

Por otra parte, emergen los fenómenos nacionalistas, que aletargados por la ideología socialista recobran un nuevo protagonismo, avivado, en algunos casos, desde determinados grupos políticos y, en otros, utilizados con intereses electorales. El nacionalismo resurge en Hungría de un modo particular dada la historia del país y los grandes grupos de población magiar que habitan en países limítrofes. La autora ahonda en las raíces del nacionalismo húngaro, así como en su papel aglutinador de la población y de las fuerzas políticas e ideológicas para adoptar una forma de consenso durante la transición. Aborda también las minorías nacionales y el problema del anti-semitismo húngaro.

La cuestión más compleja de la transición en los países del Este es, posiblemente, el paso de la economía centralizada a la economía de mercado. A pesar de ser Hungría una de las naciones que se encontraba en mejor posición para asumir las transformaciones económicas, ya que había propugnado una descentralización y ciertas reformas desde 1968, el difícil

El nacionalismo resurge en Hungría de un modo particular dada la historia del país y los grandes grupos de población magiar que habitan en países limítrofes.

proceso de privatización, y la abultada deuda exterior (en 1992 era de 27.000 millones de dólares) han dificultado enormemente la transformación de la economía, con el consiguiente proceso desestabilizador de una sociedad que está sufriendo los rigores de unos duros procesos de ajuste económico en un sistema democrático recién inaugurado. Un aspecto relevante es la comparación entre la transición húngara y la del resto de Europa del Este y España. Pese a que sí existen características comunes entre el caso español y el húngaro (ambos países salían de una dictadura), las soluciones que se adoptaron y llevaron al éxito en nuestro país no son necesariamente las que puedan resultar beneficiosas en Hungría dadas las grandes diferencias en las situaciones (económicas, sociales, políticas, militares, etc.) de partida. Como afirma la autora, la joven democracia húngara se encuentra “sumida en un proceso mucho más tumultuoso, abierto y azaroso” que el que sufrió España en los años de la transición. En general, es de destacar en el libro el gran número de fuentes consultadas, así como la abundante documentación que se ofrece al lector y que facilita en todo momento, a través de aportes como tablas, cuadros, encuestas y diversos elementos, la lectura de un tema tan complejo y sobre el que se nos ofrece tan completa información. Es de agradecer la publicación de un estudio al que puedan acceder lectores deseosos de comprender mejor las complejas transformaciones políticas y los acontecimientos que afectan a nuestro entorno.

Carmen Salmerón
Periodista
CIP

SEMINARIO DE INVESTIGACION PARA LA PAZ

Los Nacionalismos

Centro Pignatelli (editores) /
Gobierno de Aragón, Zaragoza,
1994. 493 páginas.

La evolución de la idea de nación y de los movimientos sociales que genera ha recobrado una indiscutible actualidad. El desmantelamiento del socialismo “ir-real” y la articulación de nuevas relaciones económicas, sociales y políticas en los denominados países del Este, se desarrollan en un complejo contexto de emergencia de los nacionalismos que sobreactivan y amplifican aquellos otros que, en occidente, se venían considerando como un fenómeno local y aislado, controlado y a la defensiva o, en el peor de los casos, vinculado a tramas violentas y sin salida. Los aún recientes cambios operados en el Este ofrecen importantes y significativas lecciones sobre la trascendencia de este problema y advierten sobre la necesidad de asumir la cuestión nacional. Mientras en el Oeste se debate la superación del Estado-nación y se privilegian las instancias supranacionales, en Europa Oriental, sin negar necesariamente lo segundo y muchas veces en acusados contextos de una notoria lucha por el poder, la definición de nuevos marcos de legitimación pasa inexcusablemente por el diseño de estructuras estatales que se aproximen más a las comunidades naturales. Todo ello, paradójicamente dirán muchos, en el contexto de un mundo cada vez más interdependiente y globalizado.

Si en un caso la consolidación de los nuevos Estados nacionales se problematiza por una pluralidad de minorías nacionales más o menos extensa pero siempre potencialmente peligrosa, en otro, los procesos de integración supranacional provocan también brotes controlados de nacionalismo estatal o exigencias descentralizadoras, en ocasiones de marcado carácter político nacionalista.

Si para unos la pertenencia a una nación debía subordinarse a una lucha que no admitía más patria que la clase social, para otros, este fenómeno sigue siendo sinónimo de atraso, barbarie, negación del progreso y “fraternidades cerradas unidas por el odio al extranjero y el culto a un absoluto tribal” (Octavio Paz). En el fondo es constatable una clara coincidencia en el mensaje.

Y, sin embargo, aquel internacionalismo que sostenía que los nacionalismos eran cosa del pasado y que a medida que se construía el socialismo las particularidades nacionales se amortiguarían hasta eliminarse para dar lugar a formaciones sociales nuevas acabó en una sorprendente y múltiple eclosión de identidades. Como tampoco se ha demostrado que la configuración de Estados nacionales, cada vez más numerosos, en diferentes períodos históricos (siglo XIX y XX) resultara enemiga del progreso o incompatible con la formulación de proyectos interestatales asociativos.

Observando retrospectivamente nuestra evolución continental en este aspecto, parece evidente que a la disolución definitiva del Imperio ruso-soviético (y el de los Habsburgo y Otomano después del paréntesis abierto en 1918)

seguirá, inevitablemente, un nuevo orden con más Estados más pequeños, quizás con diferentes niveles de asociación entre sí (sería cuando menos lo deseable). Vivimos pues un momento histórico apasionante. ¿Cómo reaccionar? ¿Cómo comprender a tiempo lo que ocurre para evitar posicionamientos

desencadenantes de mayores tensiones y peligros? La nueva situación demanda un generoso esfuerzo de análisis y de comprensión. En la problemática de los nacionalismos no se puede generalizar ni absolutizar: los hay que son agresivos y también defensivos, los hay democráticos y ultraconservadores, los hay estatales y contra el Estado, etc. Y no todos son iguales. Es necesario matizar adecuadamente. Sin embargo en la reacción común predomina el temor a sus repercusiones, la demonización irracional, cuando no el simple desprecio. Pero el debate no puede oscurecerse.

El libro que ha editado el Centro Pignatelli es una contribución muy importante en ese contexto ya que ofrece una amplia visión, en extensión, rigor y profundidad, de numerosos factores que acompañan la polémica nacionalista de nuestros días. Lo hace además desde una perspectiva fundamental y merecedora de atención, la investigación para la paz, es decir, desde la inquietud por establecer espacios de entendimiento que nos permitan vertebrar soluciones no violentas de las tensiones y conflictos que inevitablemente suelen acompañar estas reivindicaciones y políticas. La pluralidad, disciplinar y de pensamiento, de los ponentes determina un moderado y enriquecedor contraste de ideas que se traslada a los posteriores

El libro que ha editado el Centro Pignatelli es una contribución muy importante en ese contexto ya que ofrece una amplia visión, en extensión, rigor y profundidad, de numerosos factores que acompañan la polémica nacionalista de nuestros días.

debates recogidos en el libro en forma de síntesis. Algunos relatores incorporan a sus textos reseñas bibliográficas de interés para todos aquellos que deseen efectuar una mayor aproximación al tema.

Tal como señala en su presentación Jesús María Alemany, coordinador del Seminario de Investigación para la Paz, el libro se compone de tres partes claramente diferenciadas. En la primera se pretende establecer un marco de análisis conceptual que favorezca una aproximación del lector al bagaje teórico disponible. Diversos ponentes reflexionan sobre la génesis y raíces, la sociología, y el papel del Ejército en relación a los nacionalismos, temas todos ellos comunicados por el hilo conductor nacionalista pero asimismo lo suficientemente diversos como para justificar tratamientos diferenciados. Como es materialmente imposible recoger aquí un resumen de todas las intervenciones, me limitaré a significar como especialmente interesantes las aportaciones incluidas en el apartado "Sociología de los nacionalismos" (Tortosa, López-Aranguren y Felices) que abundan precisamente en la línea genérica de matizar críticamente el contenido del concepto.

En la segunda parte se analizan los entornos europeo-continental y español-estatal. Primeramente (Mariano Aguirre) con el telón de fondo del conflicto en la antigua Yugoslavia, se abordan las repercusiones de la emergencia de los nacionalismos en la definición de un nuevo marco de seguridad para la Europa de la pos-Guerra Fría, se dibujan los perfiles de la aún persistente división del continente y se apuesta con decisión por el fortalecimiento de

la labor de prevención en el marco de la (CSCE) Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa y el desarrollo global del concepto de ciudadanía en oposición al de etnicidad.

Después se aborda el estudio de varios nacionalismos existentes en España: el español propiamente dicho, el vasco y el catalán, y también el aragonés. Todas las intervenciones (salvo quizás la de Peces-Barba) procuran situarse en posicionamientos científicos y alejados de las controversias estrictamente políticas que, sin embargo, inevitablemente predominan en el debate posterior, en relación con la virtualidad del marco constitucional que establece el Estado de las autonomías. Las ricas aportaciones sobre el nacionalismo aragonés despertarán sin duda numerosas sorpresas.

Se echa especialmente en falta una referencia explícita al nacionalismo gallego, uno más de los definidos como históricos. Galicia presenta particularidades muy interesantes, tanto en su dimensión pasada como en la presente, con un auge, contenido y evolución merecedores de atención, tanto por lo que en sí mismo representa su movimiento nacionalista como por las señas de diferenciación que incorpora respecto de los nacionalismos vasco y catalán.

Finalmente, la tercera y última parte, pormenoriza en el análisis de los que se denominan nacionalismos hegemónicos: Alemania, Estados Unidos y Japón. Si el caso alemán (Ignacio Sotelo y Guido Brunner) puede resultarnos más próximo, las aportaciones al respecto de Estados Unidos (Luis de Sebastián y Robert Matthews) y Japón (Juan Masía y Alberto

Silva) revisten una curiosidad justificada.

En cualquier caso, aunque por diversas razones (militares, económicas o políticas según el caso), obvio es que las modificaciones operadas desde 1989 en el mundo actual conceden un protagonismo de primer orden a las tres potencias citadas. Las tragedias del pasado en relación a Japón y Alemania, su creciente influencia desequilibradora en el conjunto de las relaciones internacionales, y las reservas y cautelas abundantemente expresadas por los países vecinos determinan un marco de incertidumbre y preocupación que se mantendrá por un tiempo indefinido. Las síntesis de los debates, fiel reflejo de todo ello, merecen también una atenta lectura y reflexión.

En definitiva, al referirse a los nacionalismos, no es admisible un posicionamiento en términos absolutos. Por principio, debemos alejarnos de cualquier postulado apriorístico en este sentido; debemos aceptar involucrarnos de lleno en los matices esforzándonos por apreciar y diferenciar los factores emancipadores y positivos que incorporan ciertos nacionalismos, militando contra todo autoritarismo, discriminación o veleidades expansionistas, cuando estos sean sus compañeros de viaje.

El mundo camina a trompicones hacia la unidad, evoluciona hacia un intercambio mayor, pero no es menos cierto que esa expansión de la universalidad se acompaña del aumento de las singularidades. Ese nuevo universalismo debe basarse en un profundo respeto de las particularidades. Ninguna de las naciones que puedan hacerse con un Estado propio es capaz por sí sola de dar solución a los

problemas que afrontamos en los comienzos del siglo XXI, pero tampoco tendrían mayor éxito en ese empeño ninguno de los actuales Estados por muy poderosos que aparenten ser. Debemos observar con atención no sólo los factores religiosos, de identidad, de sentimiento, sino también las motivaciones de carácter histórico, económico, social, cultural o político que acompañan inevitablemente la reconocida complejidad de las reivindicaciones nacionalistas. Adoptar como principio la consideración de que todo nacionalismo es una mezquindad es errado.

El libro del Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza es, por todo ello, merecedor de una atenta y crítica lectura. Aunque sólo sea, como dice José Ignacio Felices, para que “cuando oigamos hablar del resurgir de los nacionalismos, antes de poner el grito en el cielo... pongamos el oído; a lo mejor oímos algo interesante”.

Xulio Ríos
IGADI
(Vigo)

MICHAEL RANDLE

Civil Resistance.

Fontana Press, Londres, 1994,
260 páginas.

Los sistemas de defensa civil, término que suele eludirse para evitar confundirlo con el de protección civil con el que nada tiene que ver, que se proponen como sustitutivos o complementarios de los medios de defensa basados en las fuerzas militares, han nacido, como otras muchas ideas de tipo estratégico, a la sombra del terror de la

Debemos observar con atención no sólo los factores religiosos, de identidad, de sentimiento, sino también las motivaciones de carácter histórico, económico, social, cultural o político que acompañan inevitablemente la reconocida complejidad de las reivindicaciones nacionalistas.

disuasión por represalia nuclear. Términos relacionados con él son los de defensa social, que para algunos tiene el inconveniente de que parece poner más énfasis en la defensa de la sociedad y sus instituciones que en la defensa de otros aspectos materiales, y el de defensa popular no violenta, preferido en los ámbitos antimilitaristas y pacifistas, para hacer hincapié en su renuncia a la violencia y al hecho de que la defensa es protagonizada por el pueblo más que por las instituciones del Estado. El autor de este interesante trabajo prefiere la expresión de defensa mediante resistencia civil, que aunque es más prolija define mejor la relación con la resistencia civil en otros campos, evitando así que se considere como un fenómeno totalmente independiente, y pone además de relieve que la resistencia civil en el terreno de la defensa requiere una atención especial. A efectos prácticos se abrevia utilizando la expresión defensa civil, aun a riesgo de incurrir en la confusión señalada al principio.

Así pues, la resistencia civil es el asunto básico del libro, y puede cumplir todavía muy interesantes funciones en el mundo de la pos-Guerra Fría, no sólo las relacionadas con la defensa de la sociedad y sus instituciones. El desarme nuclear es uno de sus campos de aplicación más evidentes. Pero también hay otros menos perceptibles, como es el de evitar que el "nuevo orden mundial sea un eufemismo del intervencionismo y la dominación de EE.UU. y Occidente", ahora que sólo queda una superpotencia. Los movimientos por la paz pueden recurrir a la resistencia civil para que los gobiernos ricos y poderosos de los países

desarrollados no sigan armando y apoyando a las brutales dictaduras del mundo periférico. Por último, la resistencia civil puede generar formas imaginativas de actividad no violenta para prevenir los conflictos o ponerles fin y también para proteger a los pueblos contra invasiones extranjeras o golpes militares generados en el interior.

Un aspecto final del amplio campo en el que la resistencia civil puede contribuir al desarrollo de los pueblos es el de dotar a éstos de mayor cuota en el ejercicio del poder, en especial en las democracias consolidadas que poco a poco van perdiendo sustancia democrática y quedando únicamente con las formas externas. Afirma Michael Randle: "Los electores se convierten en arcilla amasada y manipulada por los gobiernos y los partidos de masas, en vez de ser activos participantes en un proceso de *auto-gobierno*. El Estado, además, cuando falta la participación activa de una sociedad civil vigilante, tiende a extenderse desmesuradamente y a promulgar leyes que coartan progresivamente las libertades tradicionales y amplían el campo del poder ejecutivo".

Los españoles de hoy conocemos por experiencia propia este proceso, y gracias a este libro, entre otras cosas, podemos saber que un modo de impedirlo puede pasar por la resistencia civil, que dota a la sociedad de recursos suficientes para evitarlo.

Por otra parte, hablar de la resistencia civil en una sociedad en la que se empiezan a advertir síntomas de desengaño en la eficacia de algunos mecanismos democráticos puede ser muy peligroso. El autor lo confirma: "En una democracia parlamentaria, si bien la

obstrucción no violenta y la desobediencia civil pueden estar justificadas en ocasiones, se trata de procedimientos a los que no se debe recurrir a la ligera". Cuando la sociedad los considera poco adecuados tienen pocas probabilidades de éxito y refuerzan la propensión de los gobiernos de recurrir a la fuerza para reprimir a sus adversarios. No se puede ignorar tampoco que en tales acciones el debate sobre cuáles hayan de ser los medios a utilizar tiene una profunda carga moral a la que ni siquiera el sentido pragmático de los gobiernos puede ser ajeno. En tanto que la resistencia civil sea no violenta no es capaz de poner en peligro un sistema democrático, aunque puede hacer muy difícil la aplicación por el Gobierno de ciertas leyes y deteriorar gravemente su credibilidad y autoridad. Sin embargo, no alcanzaría a derribar un Gobierno contra la voluntad de la mayoría de la población, aunque de su debilitamiento puedan aprovecharse otros sectores políticos menos propensos a la democracia para intentar deshacerse de ésta. Este caso no es probable en los regímenes democráticos asentados, aunque puede constituir un riesgo sustancial en democracias frágiles. Sin embargo, este riesgo queda de sobra compensando por la cualidad inherente a la resistencia civil de salvaguardia y perfeccionamiento de la democracia, no sólo protegiéndola de golpes de Estado sino también de los "más sutiles procesos de un autoritarismo larvado y creciente o de la decisión de un Gobierno democráticamente elegido de hacerse con el poder absoluto". Así pues, la resistencia civil es algo más extenso que la simple

defensa, y en los años inmediatos va a ser, cada vez con más frecuencia, el arma básica de quienes luchan en favor de los derechos humanos, de la justicia social y económica y del autogobierno democrático de los pueblos, además de servir como medio de defensa de quienes se esfuerzan por preservar lo que han conseguido.

Pero la resistencia civil, como antes se ha dicho, tiene también un campo de aplicación dentro del terreno de la defensa. Aquí es quizá donde queda más evidente el conocido aforismo de que "los gobiernos necesitan de los pueblos más que los pueblos de los gobiernos". Si bien desde ciertos sectores más radicalizados se tiende a llevar esta máxima a sus extremos y a desconfiar de un sistema de defensa mediante resistencia civil estructurado por el Estado, hay que estar de acuerdo con Muller, a quien cita el autor, cuando afirma que "defender la sociedad es defender el Estado democrático, es decir, las instituciones que hacen posible el juego libre de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial".

Frente a quienes sólo tienen una visión militarizada de la defensa y se quejan de la escasa conciencia defensiva de algunos pueblos, como sucede a menudo en España, el mismo Muller afirma que para conseguir esta conciencia hay que "civilizar la defensa y no militarizar la sociedad civil". Es evidente, además, que la mejor forma de prepararse para la defensa de la democracia en tiempo de crisis es fortalecerla y hacerla más eficaz en tiempo de paz. Un ciudadano consciente de que el Estado rige una sociedad justa, con la que él se encuentra identificado, se halla más motivado para defenderla de

La resistencia civil es algo más extenso que la simple defensa, y en los años inmediatos va a ser, cada vez con más frecuencia, el arma básica de quienes luchan en favor de los derechos humanos, de la justicia social y económica y del autogobierno democrático de los pueblos.

cualquier peligro interior o exterior que otro insatisfecho con la sociedad en que vive. Esta elemental regla se olvida con incomprensible frecuencia al tratar de las motivaciones de los pueblos para adoptar unos u otros sistemas defensivos.

La resistencia civil como alternativa a la defensa con componente militar presenta ventajas e inconvenientes. De unas y otros se habla extensamente en este libro. Es posible que no pueda frenar a un enemigo decidido a plantear una "limpieza étnica", y éste es un aspecto importante al que el autor dedica especial atención. Aparte de las dificultades técnicas de defender, en el concepto habitual de esta palabra, a una sociedad mediante la resistencia civil, Randle pone de relieve otras dificultades entre las que, para las potencias de entidad media o grande, se halla la de aceptar la posibilidad de derrota o retirada de sus ejércitos y el efecto negativo que esto tiene con vistas a un sistema de disuasión habitualmente adoptado. La capacidad de resistencia a los golpes de Estado está, por ahora, más comprobada en la hoja de servicios de la resistencia civil que la de oponerse a una acción armada de un enemigo exterior. Por último, no puede ignorarse la creciente actividad que en España se desarrolla en torno al rechazo de las leyes que regulan el reclutamiento obligatorio y que en la cuestión de la insumisión muestra claramente un ejemplo de resistencia civil a unas leyes que se tienen por injustas. Aplicando la teoría expuesta por Michael Randle en el libro comentado, este movimiento de resistencia civil alcanzará el éxito en tanto que cumpla varias condiciones: que se mantenga dentro del

ámbito exclusivo de la no violencia; que evite una polarización que impida al Gobierno ir dando pasos sucesivos hacia atrás; que siga encontrando el apoyo mayoritario de la sociedad. Si esto es así, la actual historia de los insumisos españoles pasará con toda probabilidad a formar parte de los anales de la resistencia civil en el mundo moderno.

*Alberto Piris
CIP*

**JOSE MANUEL MARTIN
MEDEM**

Niños de repuesto -Tráfico de menores y comercio de órganos, Editorial Complutense, Madrid, 1994, 206 páginas.

Una de las virtudes del periodismo, si es que tiene alguna, es la de poner palabras e imágenes que expliquen una realidad que en muchas ocasiones se presenta fragmentaria, inconexa y desconcertante. Ajeno a corsés doctrinarios o científicos, puede poner los ojos allí donde otros microscopios no llegan. Pero como en casi todo, la virtud no reside en el instrumento en sí sino en quien lo maneja, y no son muchos los periodistas que tratan de escapar -o tienen capacidad suficiente para hacerlo- a los tentáculos del pulpo informativo que se obstina en limitar el mundo a cuatro titulares (grandes) y expresar -¿o será construir?- lo que pasa en función de lo que vende, comercial o políticamente. Martín Medem ha puesto los ojos sobre uno de esos pedazos de realidad que cada vez vende menos en este país entregado a las

corrupciones propias y las dietas de adelgazamiento. ¿A quiénes importan las niñas y niños mugrientos de América Latina? Su vida adquiere, sin embargo, perfiles escalofriantes, que sacuden la conciencia de cualquiera que tenga una brizna de sensibilidad. Pero después de leer su libro no podría cometerse la estupidez de decir que estos niños y niñas no interesan a quienes vivimos en los países desarrollados. El periodista ha dedicado algo más de 200 páginas y seis años de trabajo a demostrar precisamente lo contrario. Interesan y mucho, porque sus cuerpos sirven de repuesto. "La escena podría tener lugar en casi cualquier capital de América Latina: tras varios días de búsqueda, una madre encuentra a su hijo de entre cinco y siete años, pero al tratar de abrazarlo el niño se resiste. La poderosa razón que lo obliga a ello es que le operaron y le extrajeron varios de sus órganos vitales para comercializarlos en Estados Unidos. La madre, consternada por la actitud, levanta la raída camisa para constatar que el niño tiene una herida, mal suturada, producto de una operación. En la intervención quirúrgica el niño perdió alguno de sus órganos. Probablemente uno de sus riñones, porciones de intestino, médula espinal y quizás un pulmón. Estos órganos, debidamente protegidos, hacen ya un rápido viaje a Estados Unidos para ser subastados en algún hospital de Los Angeles, Nueva York, Denver o Chicago. Otros niños, luego de ser recogidos e incluso adoptados –dependiendo de la legislación del país en cuestión– por familias de naciones desarrolladas, y también una vez retirados los más importantes de sus órganos

vitales, morirán accidentalmente en sus nuevos hogares, con lo que sus nuevos padres podrán, además, cobrar un seguro de vida".

Este es el arranque de un reportaje realizado por el corresponsal del diario mexicano *Excelsior* en Costa Rica que llegaba a la conclusión de que las adopciones simuladas y el secuestro son los dos procedimientos utilizados por una mafia internacional dedicada al comercio infantil que cuenta con la complicidad de abogados, médicos, psicólogos y asistentes sociales en ese país centroamericano. El reportaje del corresponsal mexicano es tan sólo uno entre las decenas de informaciones periodísticas, declaraciones, testimonios e informes de organizaciones humanitarias y de diverso tipo que demuestran que el tráfico de niñas y niños latinoamericanos hacia el Norte, utilizados para reconstruir las familias o el cuerpo enfermo de quienes pueda pagarlos, existe. Como señala Eduardo Galeano en su contraportada, el libro –prologado por otro señalado humanista, Joaquín Ruiz Jiménez– "aporta la más amplia base documental jamás reunida sobre el tráfico de niños en América Latina, tema tabú, y explora los territorios de la complicidad. Por acción o por omisión, el sistema de poder ampara a las mafias robachicos, que actúan al abrigo de la libertad de comercio y de la impunidad militar y policial". Un negocio espeluznante del que comenzaron a publicarse sus primeras pistas en 1988.

El extenso material aportado por el periodista, en buena parte inédito, fruto de su propia elaboración y del trabajo de rastreo concienzudo sobre la labor informativa de las agencias y

Las políticas económicas que hundieron en la miseria a la mayoría de la población del subcontinente, provocan la muerte anual de un millón de niños menores de cinco años y empujan a vivir en la calle a 15 millones entre los 6 y los 18.

otros medios de comunicación, y en el que destacan por su singularidad un par de declaraciones presidenciales, atestiguan un fenómeno que todavía no ha podido ser probado en los tribunales.

No hay que investigar demasiado para encontrar la raíz macabra de estos hechos, bien conocida -y padecida- por buena parte de las y los latinoamericanos. El autor es contundente: la raíz no es otra que las políticas económicas que hundieron en la miseria a la mayoría de la población del subcontinente, provocan la muerte anual de un millón de niños menores de cinco años y empujan a vivir en la calle a 15 millones entre los 6 y los 18. "Miseria, marginación y violencia es el camino que recorren los niños mendigos en el laberinto del infierno que son para ellos las calles de las grandes ciudades de América Latina. El tráfico de niños tiene ahí sus yacimientos a cielo abierto", señala. Y concluye: "En América Latina se refuerzan mutuamente la impunidad criminal, la impunidad política y la impunidad económica...De las impunidades combinadas se aprovechan los escuadrones de la muerte, el narcotráfico y los robachicos".

Después de situar el problema, Martín Medem recorre el continente país a país durante siete capítulos tras los que no cabe otra conclusión que la de la generalización del tráfico infantil con distintos fines, entre ellos, la comercialización de sus órganos y cuán escasas e inoperantes son las manifestaciones de aquellas instituciones que, conocedoras del asunto, intentan hacer algo para remediarlo (existe, por ejemplo, una resolución del Parlamento Europeo sobre la Prohibición del Comercio de Organos Destinados al Trasplante).

De poco valen las declaraciones contra las leyes despiadadas del mercado.

*Flora Sáez
Periodista
CIP*

JORGE CASTAÑEDA

La utopía desarmada

Joaquín Mortiz. Planeta. México, 1993

Hubo un momento en que parecía que estábamos presenciando un claro y alto mediodía de la izquierda, diferente y mejor que los espejos grises ensangrentados del "socialismo real". El lugar era América Latina y el período comienza con el triunfo de la revolución cubana. Jorge Castañeda, un politólogo mexicano cuya presencia en la prensa norteamericana le da una proyección mundial, analiza en *La utopía desarmada* esta falsa epifanía. La historia que cuenta se ajusta con lamentable exactitud a la definición de Gibbon: es un registro de crímenes, locuras y desgracias. Castañeda es ecuánime en la distribución de responsabilidades y satisfactoriamente copioso en los detalles. En la mejor tradición norteamericana -los otros no tienen los recursos o no cultivan el género -combina una documentación exhaustiva con el contacto casi periodístico con protagonistas y participantes. En un campo dominado por el planfleteo y la árida ramplonería académica éste es un libro único por la seriedad de su ambición y la amplitud de su rigor.

Tal vez por eso mismo termina desinflándose y decepcionando. Castañeda comienza por preguntarse sobre la validez de la izquierda en la América Latina de la pos Guerra Fría, pregunta que

para algunos es crucial y para muchos apasionante. En la última página afirma que “la izquierda puede cotribuir de muchas maneras a que el sueño (de un futuro mejor para toda América Latina) se realice”. Tras el período descrito y analizado, “la izquierda aprendió que el poder no lo es todo, aunque es mucho, (...) Lo principal es saber qué hacer con el poder y qué no. Esta es la lección que ha aprendido la izquierda latinoamericana y que la puede encauzar por el buen sendero al cerrarse el siglo y un ciclo de su historia”. No es una conclusión a la que llegarán todos los lectores, incluido quien escribe estas notas. Lo curioso es que la lucidez y honestidad de Castañeda frecuentemente señalan y mencionan las cuestiones básicas, con flujo de informaciones, pero el autor no les permite desviarlo de sus tesis. Estas consisten, simplificando sin malicia, en que la izquierda debe aceptar la vía democrática (“durante muchos años la izquierda despreció olímpicamente y erróneamente la democracia como una impostura: un mecanismo corrupto y burocrático inventado por las élites locales y los agentes extranjeros para engañar a las masas y hacer que éstas toleren formas de gobierno y dominación contrarias a sus intereses”); y, una vez en ese ámbito, “democratizar la democracia” (“la primera orden de batalla democrática para la izquierda: alentar cualquier expresión imaginable de la sociedad civil, cualquier forma de autogestión que la realidad latinoamericana genere”). En otros lugares añade también como cuestión prioritaria la defensa de la soberanía, lo que parece un eufemismo del tradicional antiimperialismo. Pero eso es exactamente lo que está pasando en casi todos los países de la región y no necesariamente gracias a la izquierda.

En realidad lo que Castañeda está sugiriendo sin decirlo es volver a la política anterior al auge y declive de la izquierda latinoamericana cuya historia narra en el libro. Porque en resumidas cuentas el período cubierto por Castañeda no es otro que el de la militarización de la izquierda con el ejemplo y bajo la influencia de la revolución cubana. Es decir, una recaída en el caudillismo armado de rancia tradición en el continente, como algún historiador futuro verificará al comparar con indiferencia los ciclos históricos latinoamericanos desde la independencia hasta esta fin de siglo. Castañeda menciona la militarización pero no saca las consecuencias. Para él la izquierda no pasa de una fracción vencida: “los EEUU y el capitalismo triunfaron”. Eso no es cierto, de la misma manera que en el ex bloque comunista no hubo una victoria americana y capitalista. La izquierda armada latinoamericana se equivocó en lo fundamental: los miserables, los explotados, los humillados —la inmensa mayoría—nunca los apoyó ni se reconocieron en sus ideales, excepto en contadas, fortuitas y aisladas ocasiones. Es justamente por eso que Castañeda, sabiamente, confina cronológicamente su estudio con la derrota de los sandinistas en las urnas. El hecho de que el pueblo haya rechazado libremente a una de las dos revoluciones (la otra la cubana) que, para Castañeda, son la excepción del “fracaso sistemático de la izquierda en sus empeños por cambiar el mundo” es de importancia capital para entender de qué estamos hablando. Porque no es la primera vez que ocurre tal cosa en la América Latina. Las “revoluciones” independentistas y las incontestables “revoluciones” posteriores también fueron hechas

Castañeda toca y glosa el tema del izquierdismo como fenómeno de las élites intelectuales. Incluso provee iluminadoras cifras sobre la composición de los movimientos revolucionarios y sus seguidores.

por encima del pueblo, que ni conocía ni deseaba los ideales de la Revolución Francesa, del positivismo o del nacionalismo. Para la inmensa mayoría, los paladines de las nuevas doctrinas importadas de Europa –ya fuera el republicanismo, el liberalismo o el materialismo dialéctico– eran siempre los de arriba, los señoritos dirimiendo sus disputas entre sí. Eso incluye ahora, por supuesto, a los señoritos noeliberales, tan a la moda, con sus modelos econométricos.

Castañeda toca y glosa el tema del izquierdismo como fenómeno de las élites intelectuales. Incluso provee iluminadoras cifras sobre la composición de los movimientos revolucionarios y sus seguidores. Como señala Carlos Monsiváis, citado por Castañeda, en la década de los años 60 y 70 la izquierda intelectual adquirió algo que no había poseído nunca: una base de masas, básicamente compuesta de los millones de estudiantes de clase media baja urbana que por primera vez accedió a la educación superior pública. Habría que añadir que también encontró, en la iglesia de la liberación, un ejército de cuadros disciplinado y con una infraestructura tan sólida como amplia; además, una élite tan intelectualizada como los revolucionarios. Con todo eso –y la miseria y la injusticia– si no hubo revolución se debe simplemente a que el pueblo no acudió a la cita de la izquierda armada.

Sin embargo, el pueblo estaba viviendo una revolución, y hasta más de una. La fundamental fue la urbanización de la sociedad latinoamericana, uno de los más grandes fenómenos migratorios de la historia. La segunda fue la de las comunicaciones. La tercera, ya mencionada, fue la educación de esa nueva masa urbana, aunque fuera poco y mal. Como siempre,

absorbido por la preocupación imperiosa de la sobrevivencia, el pueblo ya tenía más cambios, y perentoriamente radicales, de los que podía digerir. La idea de abolir y remplazar el orden existente, en el cual deseaba por ahora integrarse, le era naturalmente ajena. Pero como señala Castañeda, los intelectuales no concebían que las barricadas miserables constituyeran una mejora absoluta para las masas: “muchos llegaron a la conclusión errónea de que la permanencia de las tremendas desigualdades equivalía a una ausencia total de progreso”. La misma conclusión y el mismo error siguen vigentes. Los que se dieron cuenta cabal de la situación fueron los populistas, como antes del período estudiado por Castañeda. Este es excepcionalmente confuso al analizar el populismo, tanto el de esa época como el actual. Castañeda no admite la legitimidad del populismo aunque refleje o sirva a las aspiraciones del pueblo, algo que hasta los viejos y espesos estalinistas latinoamericanos llegaron a comprender. Pero queda claro por qué: Castañeda necesita matar y enterrar al populismo nacionalista para abrirle campo a la izquierda que él propone. Admite hidalgamente que “los rasgos que caracterizan al populismo en el pasado siguen definiéndolo hoy como una corriente importante dentro de la izquierda latinoamericana”; con la salvedad de que “está en vías de desaparición”, y es “un capítulo que ha llegado a un final largamente esperado”.

Es curioso que se extienda tan definitivo certificado de defunción a un muerto que parece gozar de buena salud. Esto se explica cotejando su descripción del populismo nacionalista con el programa de izquierda que su libro propone. Véase: el populismo

representó “una redistribución del ingreso a través de la incorporación al sistema político de las masas populares –sobre todo de las clases urbanas trabajadoras–, un papel central para el Estado en la política económica y social, y una constante invocación de la nación y de su soberanía”. Por otra parte: “la izquierda puede por fin competir en sus propios términos y con su propio programa: democracia, soberanía, crecimiento económico y justicia social para mejorar la suerte de millones de excluidos de los beneficios de auges previos y de experimentos actuales”. A esto llama el autor la “latinoamericanización” de la izquierda. Y tiene razón, basta de señoritos con sus maravillosas teorías importadas: el problema de la izquierda latinoamericana siempre fue que no era latinoamericana.

El populismo, corrupto, inepto y autoritario como era, tuvo el (relativo) apoyo de las masas que la izquierda jamás poseyó. Eso ocurrió por el simple hecho de que para mal o para bien supo interpretar y formular por lo menos algunas de las aspiraciones de las masas, como los demagogos de hoy, al estilo Fujimori, siguen haciendo. En un momento dado Castañeda castiga al populismo por sus bandazos de izquierda a derecha, no siempre con viceversa. Ahí reside su punto ciego. No se da cuenta que, independientemente de sus orígenes y fines, éso una virtud política. De la misma manera que la derecha reaccionaria confunde sus principios con la represión, la izquierda lo ha confundido con la ideología. Alguien ha dicho que toda ideología es reaccionaria: no se adapta a la evolución cambiante y contradictoria de las circunstancias y cambiar a pulso el destino del hombre. Pero la buena marinería no enseña que para navegar contra el

viento haya que hacer más zig-zags que después de una juerga en el puerto.

Hasta cierto punto no es otra cosa lo que propone Castañeda en su libro. Pero no es suficiente. No se puede, sin más ni más, canibalizar al populismo nacionalista y llamarlo de izquierda antiimperialista, incluso porque los populistas –o el pueblo– podrían no cooperar. Ni evitar cuidadosamente “desdeñar todo lo que la Revolución cubana ha logrado” dando de barato lo que las “democracias burguesas” han logrado por ejemplo conservar el espacio democrático que, como señala Castañeda, la izquierda revolucionaria sólo comenzó a apreciar cuando se perdió y junto con ella la vida de miles de sus militantes y las escasas libertades del pueblo llano.

Desgraciadamente ésta es una constante en todo el libro. A pesar de su enciclopédica documentación Castañeda sufre del daltonismo narcisístico tradicional de la izquierda: sólo distingue un punto rojo –que crece a medida que lo mira fijamente –rodeado de un indiscriminado negro sin matices. No hay derecha, o liberalismo o centrismo que no se confunda sin apelación con el gorilismo reaccionario. La socialdemocracia venezolana (mucho de lo que propone Castañeda puede encontrarse en la primera edición –pre castrista– de *Venezuela, política y petróleo* de Rómulo Betancourt), el liberalismo reformista brasileño (la UDN y Kubistchek), el nacionalismo revolucionario boliviano, no aparecen en ningún momento como alternativas válidas o siquiera como telón de fondo. Si ahora son adversarios aceptables con los que hay que alternar en el poder, ¿por qué no confrontar su desempeño histórico con el de la izquierda, aunque fuera para saber quién es el

Castañeda sufre del daltonismo narcisístico tradicional de la izquierda: sólo distingue un punto rojo –que crece a medida que lo mira fijamente –rodeado de un indiscriminado negro sin matices.

enemigo y cómo lucha?

Lo mismo ocurre en el plano de las ideas y eso determina el hueco que deforma la estructura del libro. Al cerrarlo Castañeda se pregunta: “¿Por qué el programa de la izquierda tiene que ser exclusivamente suyo? No debiera serlo (...) Las metas –y los derrotados hacia ellas– no pertenecen ni pueden reservarse a un sector del espectro político”. Pero los otros sectores no son considerados ni siquiera para refutarlos. Castañeda practica el “ninguneo” total con todo el que no pertenezca al panteón de la izquierda, incluso cuando duplica o se apropia de sus ideas o posiciones. (La única mancha de mala fe que empaña el libro es cuando clasifica a Octavio Paz con los “intelectuales orgánicos” mexicanos.) Para alguien que propone que la izquierda abandone el mesianismo maniqueísta, el panorama que pinta es el de un ensimismamiento político-intelectual que linda con el autismo.

El gran mérito del libro es que rebasa largamente las limitaciones del enfoque del autor. El lector independiente dispone de lo necesario para sacar sus propias conclusiones. El análisis del autor muestra que la historia de la izquierda latinoamericana ha sido, en la expresión de Leonardo, “cosa mentale”. Que sólo le fue posible imaginarse a sí misma como encarnación de las aspiraciones populares mientras la inmensa mayoría estaba privada de voz ciudadana (al paso que los populismos, mala y torcidamente, si las encarnaban). Que de hecho las izquierdas latinoamericanas, al contrario de lo que afirma el autor, nunca han pasado de vertientes radicales del populismo y del nacionalismo regionales. Que al retomar con tres décadas de atraso las banderas populistas y

nacionalistas, para no mencionar el reformismo socialdemócrata, queda al descubierto que han retrasado esas luchas dos generaciones, justificando a la reacción represiva ante la polarización radical. Sólo encarando por lo menos la posibilidad de que todo esto sea cierto; sólo admitiendo que los otros tal vez tenían razón; sólo llamando a las cosas por su nombre (preferiblemente en buen español y no en el *spanglish* perpetrado por los traductores del libro, originariamente escrito en inglés), y limpiando el lenguaje; sólo mirando al mundo y a los hombres y no a los manuales, la izquierda podrá prepararse para su reinvencción.

Hugo Estenssoro
Periodista
BBC, Londres

MARTA DOGGETT
La muerte anunciada

Lawyers Committee for Human Rights
UCA Editores
El Salvador. 1994. 576 páginas.
Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas”
Apartado Postal 01-575, San Salvador, El Salvador.

La incompleta información sobre el proceso de pacificación, desmilitarización y democratización de El Salvador ha colaborado considerablemente en el incumplimiento de la mayor parte de los compromisos adquiridos por las Fuerzas Armadas y el Gobierno ultraderechista de la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA). El Presidente Alfredo Cristiani tenía que depurar a las Fuerzas Armadas y sustituir a las fuerzas de seguridad vinculadas a los escuadrones de la muerte por una policía desmilitarizada para

impedir la intimidación de la población durante el proceso electoral, además de facilitar la participación de todos los salvadoreños en las votaciones. Todo lo hizo a medias, con retraso y acompañado por una presión de la ONU más diplomática que eficaz. El ejército mantiene su autonomía, podado apenas de los oficiales más desacreditados, los escuadrones de la muerte siguen actuando con la complicidad de la impunidad, la nueva policía se aleja cada vez más de su caracterización inicial y el fraude técnico en las elecciones se ha calculado en un 15% durante las discusiones en el Congreso de EEUU sobre la ayuda económica de Washington para El Salvador. Las informaciones más influyentes sobre el proceso salvadoreño han protegido la imagen de la ONU en una actuación de la que supuestamente podía presumir en sus nuevas tareas de mediación, intervención y supervisión. Pero el resultado final ha sido la consolidación política, económica y militar de la única ultraderecha con espacio electoral en América Latina. Para que esto ocurriera fue determinante el pacto en la ONU para no incluir en el informe de la Comisión de la Verdad los nombres de los empresarios y dirigentes de ARENA (entre ellos el nuevo presidente Armando Calderón Sol) vinculados con los escuadrones de la muerte. La orientación de las informaciones en la mayoría de los grandes medios de comunicación de España se fue estableciendo en términos de superficialidad y seguimiento de la diplomacia a partir sobre todo del tratamiento de las investigaciones sobre la matanza de seis jesuitas y dos empleadas en la Universidad Centroamericana (UCA) de San Salvador. Era un secreto a voces para quien quisiera escucharlo que el alto mando militar había

ordenado y organizado la matanza. Y también que ni Washington ni el Presidente Cristiani facilitaban la investigación. Sin embargo, pocas informaciones avanzaron con rigor en este sentido y se administraron con excesiva generosidad las cautelas sobre las administraciones militares, gubernamentales y diplomáticas, supuestamente para proteger a quienes se consideraba imprescindibles para encauzar a las Fuerzas Armadas en las negociaciones con los insurgentes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). El informe más importante de los ignorados por los grandes medios de comunicación en España es el que publicó el Comité de Abogados para los Derechos Humanos, que desde EEUU actuó como asesor legal de la UCA a partir del mes de diciembre de 1989. Con el título de *Death Foretold*, se difundió en febrero del año pasado, un mes antes que el informe de la Comisión de la Verdad. Contiene la mejor cronología del crimen y la más amplia documentación sobre todos los aspectos del proceso de investigación, el desarrollo del juicio, la actitud del Gobierno de EEUU, la actuación del presidente Cristiani, la conspiración militar y los antecedentes históricos. Sus conclusiones coinciden con las de la Comisión de la Verdad pero son mucho más precisas en las responsabilidades, implicando a Washington. ¿Por qué este informe –ahora convertido en libro con su traducción al castellano– no tuvo ni ha tenido la repercusión que le corresponde? Tal vez porque desentonaba en relación con el caudal informativo convencional al asegurar que “el Gobierno de Cristiani fue cómplice” y también que “la embajada de Estados Unidos hizo lo imposible para impedir una investigación completa”.

¿Por qué este informe –ahora convertido en libro con su traducción al castellano– no tuvo ni ha tenido la repercusión que le corresponde?

El informe del comité de abogados, elaborado por Marta Doggett, demuestra que el alto mando militar preparó la matanza antes de la ofensiva de la guerrilla sobre la capital y que “Estados Unidos llevó este caso –igual que muchas otras violaciones de los derechos humanos en El Salvador– con más énfasis en la conveniencia política que en tratar seriamente de aclarar los hechos”. En un añadido para la versión en castellano se ha incluido un comentario que considera sorprendente que “la responsabilidad de Estados Unidos en los sucesos de El Salvador durante los años de conflicto no mereció más que una alusión por parte de la Comisión de la Verdad”. Y se compara con la declaración de Benjamin Schwarz, autor de un estudio para el Pentágono sobre la política de Estados Unidos en El Salvador: “Por supuesto que sabíamos. Las autoridades norteamericanas supieron siempre más que los grupos de derechos humanos, los periodistas y los expertos independientes que han narrado durante 14 años la brutalidad y la corrupción de los militares salvadoreños. En El Salvador, los norteamericanos estábamos bailando con el diablo”.

J.M. Martín Medem
Periodista
R.N.E.